

APRENDER Y ENSEÑAR LA FE. AGRADECIMIENTO A KARL RAHNER

Homilía pronunciada por J.B. Metz en el 50 aniversario sacerdotal de Karl Rahner.

El rasgo fundamental: salvación

Para celebrar este aniversario de Karl Rahner deberíamos hablar no sólo del sacerdote, sino también del religioso y del teólogo. Pues la obra de su vida se refleja toda en una sola cosa: el sacerdote, el jesuita, el teólogo, el cristiano piadoso.

Karl Rahner ha esbozado el trasfondo teológico en el que todos los teólogos católicos, creo que puedo decir todos, hemos de hacer teología hoy. Incluso aquellos que lo critican o se apartan de él, aprovechan muchas de sus opiniones y de sus puntos de vista tan agudos como tientos sobre el mundo de la vida y de la fe. Y los que le ignoran, ignoran mucho más que una posición teológica. Karl Rahner ha renovado el rostro de nuestra teología. Nada es ya como era antes. Y, sin embarco, todo y todos son rasgos conocidos, familiares, para la memoria de la Iglesia. Pues el trazo fundamental de su teología no es «Crítica», sino «Salvación». ¿Por qué no iba yo a llamarle 'apologeta', precisamente para devolver el sentido a un rasgo que es muy indispensable a toda teología -pues es un sentido bueno y creador- pero que sin embargo está profundamente dañado? Karl Rahner en su teología es siempre abogado más que juez, defensor más que acusador, protector más que desenmascarador. Y su apasionada crítica siempre es, en fin de cuentas, una crítica salvadora.

Experimentar a Dios y a la busca de Dios

Hace 25 años, para sus bodas de plata sacerdotales, algunos de sus antiguos alumnos le regalamos un reloj de pulsera que todavía lleva. En él está grabado el texto de I Cor. 4,15, donde Pablo dice: «Vosotros tenéis muchos maestros en Cristo, pero pocos padres». Karl Rahner ha sido para mí no sólo maestro de mi teología sino padre de mi fe. Y ambas cosas en uno mismo.

Me acuerdo muy bien todavía de mis primeras impresiones en clases y seminarios. Allí hablaba él de Dios y de la gracia, de la salvación y los sacramentos, no sólo con la lengua de una sutil docencia y argumentación dogmática, sino con el lenguaje prudente y a la vez muy exacto de la referencia y de la introducción a la experiencia de la fe. Allí no solamente se enseñaba una fe prefabricada, sino que la fe era metida en la vida. Yo mismo, con mis propias experiencias contradictorias, pude de repente hacerme presente allí en medio de aquel lenguaje sobre la gracia y sobre esa muerte que se va extendiendo a lo largo de una vida amurallada contra la gracia. El lenguaje sobre Dios llegaba hasta todos los detalles y peregrinaba desde el concepto hacia atrás, hacia la vida contradictoria. Siempre he experimentado a Karl Rahner no sólo como gran profesor, como una especie de maestro pensante del arte de la teología, como muchos lo te-

nían, aunque para él ser eso era un tormento. El era y es para mí y para muchos un *teólogo* experimentador y buscador de Dios. Antes se le llamaba a eso un teólogo místico. Y en él comprendimos nosotros precisamente que ese calificativo es un pleonismo, una especie de leño de madera. Y hemos aprendido esto: que la experiencia de Dios que él pone en juego y en la que su teología nos ha alfabetizado, no es sólo la ocasión para una mística elitista, sino la expresión de una mística popular. No es esotérica, sino cotidiana. Es la mística que en realidad ha sido confiada a todos y se exige de todos. Karl Rahner fue siempre un universalista. Rompió las fronteras de la comprensión de la gracia. La iluminó como ofrenda experimentable, dirigida a todos y especialmente a los mínimos, a los más desesperados y a los débiles. Liberó la experiencia de Dios, encerrada en la torre de marfil de una mística amurallada, para hacerla salir a lo cotidiano, a la vida terriblemente profana de nuestro tiempo. Confió a todos esa experiencia del misterio inexpresable en la más profunda aquendidad de la vida de cada uno. Y por eso ha conducido a muchos, de esta forma, hacia las huellas mesiánicas de Dios, en medio del ámbito vital de cada uno de ellos.

Un abogado crítico de su Iglesia

En este universalismo divino entró también para él la Iglesia. La Iglesia como servidora de esa salvación que Dios ha regalado a todos. Y porque él entiende y ama a su Iglesia no como fin para sí misma, sino como instrumento escatológico de Dios, por eso puede serle obediente y per-

manecerle obediente de una manera totalmente no patética y nada tremendista. Muchos de nosotros sabemos cuantas veces y de qué manera fue puesto a prueba. Siempre puso la experiencia colectiva del Espíritu de Dios en la Iglesia por encima de la suya propia. Nunca criticó a la Iglesia sólo desde fuera (filosófica, sociológica, políticamente, o como sea), sino desde dentro y atendiendo a la misma pretensión que es propia de la Iglesia. Esta crítica inmanente estaba movida por la pregunta apasionada acerca de cómo es posible que Dios mismo haya dejado en la Iglesia libre y activo su inexpresable misterio. Y esta crítica combatía todas las tentaciones de la Iglesia de traicionar su propia provisionalidad escatológica y de sustituir el misterio de Dios por ella misma. Karl Rahner ofrece siempre a la Iglesia un criterio confiable de si este inexpresable misterio de Dios está presente y activo en ella: y este criterio es el criterio del amor tal como está formulado en el mandamiento bíblico.

Místico, concreto

La pertenencia mutua del amor a Dios y el amor al prójimo ha sido para él la imagen epocal de nuestra experiencia de Dios en la modernidad. Con ello ha llevado el amor al prójimo a la cumbre de su persecución y de su afirmación, hasta en aquello que es su aparición más contradictoria, es decir, el amor político. Pues para Karl Rahner la mística del piadoso tiene que ser, en cuanto seguimiento del Cristo pobre y sufriente, exactamente esto: mística de Dios en resistencia contra un mundo en el que los hombres viven como si no fueran

seres humanos y en el que tienen destrozado su rostro humano como si no hubiera Dios, como si no hubiera ningún misterio divino en la vida de los hombres. Por eso Karl Rahner puede comprender el sufrimiento y las luchas de sus hermanos jesuitas en las Iglesias pobres de esta tierra, p.e. en América central y las Filipinas, absolutamente como imagen actual de la mística ignaciana de Dios. Y por eso puede hacer un frente contra un dualismo demasiado cómodo entre mística y política.

Rebelión contra la pérdida del misterio en la modernidad

Este *pathos* hacia el Dios que está a la vez cercano, escondido en el prójimo, y también fácilmente pasable por alto, este *pathos* Karl Rahner lo une siempre con el *pathos* de Dios de su padre Ignacio y con el *pathos* de Dios de un Martín Lutero, cuya pasión por Dios sólo en *clichés* prefabricados aparece como contraria a la de Ignacio de Loyola. Karl Rahner ha vivido y ha deletreado esa pasión por Dios en las circunstancias de nuestro tiempo que solemos apellidar modernidad tardía. Su teología es un único levantamiento contra la pérdida del Misterio sentida o incluso también anunciada en nuestra modernidad. Por eso pronuncia el Misterio de Dios en la vida de los hombres, y lo pronuncia metiéndolo dentro de este tiempo. Dentro de un tiempo en el que los mismos teólogos opinan que deben hablar de la 'muerte de Dios'. Dentro de un tiempo en el que nuestras almas, cada vez más, son colonizadas por esas estructuras y sistemas anónimos en los que esa pérdida del Misterio se ha entronizado a sí misma de manera ma-

nifiesta. Dentro de las casas de la modernidad en las que se va fabricando la fría muerte del sujeto. Dentro de un tiempo cuyo espíritu objetivo se comprende a sí mismo como liquidación tardía de todo misterio y como producción de un hombre vaciado de lo misterioso que se ve arrojado a la culpa y a la muerte sin el oscuro trasfondo del sufrimiento. Karl Rahner habla de la angustia de esa exigente falta de misterio. Habla de aquel hombre vaciado de todo misterio que cada vez se vuelve más incapaz de sufrir y por ello mismo más incapaz de ser consolado, cada vez más incapaz de recordar y, por ello, cada vez más manipulable que nunca. Y que, en fin de cuentas, solamente es feliz en el sentido de una felicidad vacía de añoranza y de dolor; cuyo verdadero nombre es una infelicidad sin deseos.

Enfrentado con estos peligros, ante la apoteosis de la falta de sentido y la banalidad, que va poniendo al mundo por debajo del nivel de la creación de Dios, Karl Rahner pronuncia en todos los hombres, absolutamente en todos, el Misterio de Dios, experimentable aunque a la vez inexpresable, y esto no como un acusador sino como un defensor del hombre amenazado. El lenguaje de su levantamiento crítico no carece de una corriente de tristeza. Y, sin embargo, ésta nunca es denunciatoria, sino que casi me atrevería a llamarla socrática. En ella nada se parece al intento de meter el Misterio de Dios en las almas perplejas, por así decir desde arriba y a base de organización. Sino que todo se parece más bien a la invitación a un viaje de descubrimientos, invitación a un viaje hacia un paisaje apenas conocido de la propia vida, cercano a los abismos de la existen-

cia humana que suelen quedar inaccesibles a una reflexión absoluta, pero en los que precisamente el hombre moderno se ha quedado anónimo y lleno de enigmas.

Un padre de la fe, y él mismo sin patria

De esta manera, Karl Rahner se convirtió para mí en lo que confesé al principio: mi profesor de teología se convirtió en el padre de mi fe. Ciertamente aquí sólo puedo hablar de 'mí', sólo de mí mismo. Pero, a pesar de todo, estoy convencido que también otros muchos podrían decir también esto de cara a Karl Rahner.

Un padre de la fe, y, sin embargo, él mismo sin patria. Así fueron todos y así son en realidad todos estos padres de la fe, estos siervos de Dios, en las tradiciones abrahámicas, en las tradiciones paulinas y en las tradiciones ignacianas. En ellos se dejan ver las huellas de esa falta de patria, característica de la mesianidad del Hijo, que nos han transmitido los evangelios. De esa falta de patria mesiánica del Hijo que a lo largo de toda una vida fue fiel a su Dios y que al final de esa vida terrena se sintió abandonado hasta por ese Dios, y, sin embargo, soportó la tiniebla de Dios. Nunca nos interpretó Karl Rahner el cristianismo como una especie de religión nacional burguesa, que ha echado fuera todas las esperanzas mortalmente amenazadas y todos los anhelos heridos. Nunca recibí su comprensión de la fe como una especie de ideología de la seguridad, como una sublimación festiva del actual estado de cosas que hemos conseguido, aunque fuese el más progresista. Siempre permaneció la falta de patria como

una añoranza a través de todo. Una añoranza que no experimenté como sentimental, ni tampoco como un optimismo barato, ni tampoco como una tempestad celestial; sino más bien como un suspiro sin palabras de la creatura, como un grito sin palabras hacia la luz ante el rostro escondido de Dios.

Y con la vejez, si no me equivoco, esa añoranza se le ha hecho no más suave sino más urgente, casi inexpressable. Pesante, difícil de llevar, plomiza, una añoranza plomiza, un destierro sin defensa. Porque el camino todavía dura y el cansancio crece. Porque hay mucha ceniza que va cubriendo la brasa oscura de la vida y ninguna tempestad del paraíso que la haga de nuevo renacer. Porque una sensación de superfluidad puede revelar el peso total de este anhelo de Dios.

Karl Rahner nunca se ha defendido de esta falta de patria. Ni siquiera formando alrededor de sí una comunidad de gente que pensase igual, de discípulos íntimos, o una escuela teológica en el sentido tradicional del término. Una vez, quizás un poco dolido, parece que dijo: «No tengo ningún discípulo». Pues bien, lo que en el día de hoy ha de permitir que yo diga y que deje dicho a propósito de él, es precisamente esto: que él es para nosotros mucho más que un maestro.

Gracias

Por eso quisiera en este momento invitaros a todos a dar gracias. Las gracias por este aniversario son en fin de cuentas unas gracias a Dios. Demos gracias a Dios por este Karl Rahner, por el hecho de que lo hemos tenido entre nosotros, por el hecho de que nos ha regalado un

hombre como él, un cristiano en este tiempo, en que se presiente y se anuncia la falta de Misterio en nuestro mundo. Demos gracias a Dios por la orden de Ignacio que marcó a Rahner hasta en sus raíces. Demos gracias a Dios por la comunidad eclesial en la que estamos celebrando este día. Y finalmente demos gracias a Dios, por Dios. Porque Karl Rahner ha ha-

blado siempre, y quizás sólo, de esto: de que estas gracias a Dios pueden configurar y salvar la vida; de que sin esas gracias la vida a fin de cuentas se va a pique; y de que esas gracias son posibles y son reales en innumerables rostros, a veces desconocidos o escondidos que son también rostros de este tiempo.

J.B. Metz, *Den Glauben lernen und lehren: Dank an Karl Rahner*.
Kosel-Verlag, Munchen, 1984.

Una identificación última con la esencia fundamental de la Iglesia no significa en modo alguno que estemos de acuerdo con todas y con cada una de las cosas que se hacen en la Iglesia. Ni con todo lo que la jerarquía o el papa realizan, ni siquiera con todas y con cada una de las cosas que la enseñanza oficial de la Iglesia presenta. Ciertamente para mí el auténtico dogma de la Iglesia constituye algo que me obliga absolutamente; por esto, como cristiano y como teólogo, con cierta ansiedad de espíritu y de corazón, con no poca frecuencia debo preguntarme cuál es el verdadero sentido de una afirmación que el Magisterio de la Iglesia mantiene como dogma, a fin de concederle mi consentimiento de manera honrada y tranquila. A lo largo de mi vida nunca he tenido la experiencia de que esto resultara imposible; porque en relación con esos dogmas, he advertido siempre con claridad que sólo pueden entenderse bien cuando se pone de relieve su sentido en línea de apertura hacia el misterio de Dios, sabiendo, por otra parte, que han sido formulados desde unos condicionamientos históricos determinados; por ello esos dogmas se encuentran inevitablemente vinculados a una especie de amalgama que no pertenece de hecho al contenido de la declaración dogmática, y que puede hacer incluso que este contenido se interprete mal. Esto se debe también al hecho de que esos dogmas están formulados como regulaciones lingüísticas que, para ser fieles a la realidad a la que aluden, no deberían permanecer siempre iguales, con las mismas palabras con que fueron formulados. Las cosas resultan diferentes cuando se trata de esta o aquella enseñanza relativamente subordinada, que ha sido o sigue siendo mantenida por el Magisterio romano como enseñanza oficial, con la pretensión de ofrecer una enseñanza vinculante, aunque no haya sido 'definida'. Por ejemplo, a mi juicio ni la argumentación básica ni la autoridad de enseñanza de la Iglesia a la que de hecho se acude ofrecen un fundamento convincente y obligatorio para aceptar la discutida doctrina de Pablo VI en la *Humanae Vitae*, ni la Declaración de la Congregación de la Fe que quiere excluir por principio la ordenación de mujeres, como algo que debería aplicarse en todos los tiempos y culturas.

K. Rahner, *Schriften XIV* (1980) pp. 19-20. Cf. H. Vorgrimmler, Karl Rahner, Sal Terrae, 2004, 17-18.